

# **La pugna por la hegemonía regional entre China y Estados Unidos**

**Autora: Irma Izquierdo Suárez**

**Tutor: José Abu-Tarbush Quevedo**

**Facultad de Ciencias Políticas, Sociales y de la Comunicación**

**Grado: Sociología**

**Curso: 2019-2020**

## **RESUMEN**

La pugna por la hegemonía regional entre Estados Unidos y China es uno de los temas actuales más controvertidos en los estudios internacionales. Básicamente, reproduce el histórico enfrentamiento entre una potencia emergente y otra que goza de un largo predominio en el sistema internacional. Los escenarios que puede configurar este conflicto oscilan entre el estallido de una guerra limitada y una continua competición en la que no estará ausente también la cooperación. El ascenso de China podrá ser pacífico o no, pero no es indiferente a la competición entre las grandes potencias mundiales. Diferentes aproximaciones y perspectivas teóricas en la disciplina de las Relaciones Internacionales vienen ocupándose de manera creciente de este asunto.

**Palabras clave:** China, Estados Unidos, poder, hegemonía, sistema internacional

## **SUMMARY**

The fight for regional hegemony between the United States and China is one of the most controversial current issues in international studies. Basically, it reproduces the historical confrontation between an emerging power and another that enjoys a long predominance in the international system. The scenarios that can configure this conflict oscillate between the outbreak of a limited war and a continuous competition in which cooperation will not be absent as well. China's rise may or may not be peaceful, but it is not indifferent to competition among the world's great powers. Different approaches and theoretical perspectives in the discipline of International Relations have increasingly dealt with this matter.

**Keywords:** China, United States, power, hegemony, international system

# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	4
ANTECEDENTES.....	4-7
MARCO TEÓRICO.....	7-11
OBJETIVOS E HIPÓTESIS.....	12
ANÁLISIS.....	12-18
CONCLUSIONES.....	18-21
BILBIOGRAFÍA.....	21-22

## **INTRODUCCIÓN**

La pugna por la hegemonía entre las grandes potencias mundiales y la imposición de su poder con respecto al resto siempre ha sido uno de los mayores motivos de rivalidad y competitividad en la escena internacional. El siguiente trabajo consistirá en analizar dicha pugna, concretamente entre China y Estados Unidos, las dos grandes potencias mundiales en la actualidad. La primera se consideraría la potencia emergente que ha crecido vertiginosamente en los últimos años, llegando a competir económica y tecnológicamente con Estados Unidos, que ha sido la mayor potencia mundial hasta el momento desde la Segunda Guerra Mundial junto con la Unión Soviética y, en particular, la única superpotencia desde el fin de la Guerra Fría.

“Al tiempo que China ha dado un paso hacia delante, Estados Unidos se ha retraído del liderazgo global desde la toma de posesión de Donald Trump en enero del 2017” (Shambaugh 2018: 10). Esta constatación de la erosión del poder estadounidense y el cada vez mayor crecimiento de China ha suscitado, en el panorama de estudios internacionales, diferentes perspectivas con respecto a cómo se desarrollará dicha rivalidad. Por un lado, hay autores que defienden la teoría de la transición de poder, que pone en relieve el peligro de terminar en guerra, sobre todo cuando un poder recién llegado y en veloz auge como China amenaza a un poder hegemónico (Chan, 2018). De la misma forma, otros autores esbozan la posibilidad de un ascenso pacífico de China, apelando a la teoría de la interdependencia económica.

Lo que se quiere analizar en este trabajo no es la justificación o adhesión a uno de estos enfoques. Por el contrario, se pretende hacer un análisis del estado actual de la cuestión, exponiendo diferentes escenarios en los que se podría desarrollar este conflicto. Además, la mayor parte de estas aproximaciones no contemplaban en sus análisis la llegada del COVID-19, la pandemia mundial originada en China, y cómo puede afectar a dicha competitividad entre las potencias en cuestión. Al fin y al cabo, vivimos un momento histórico sin precedentes, y nadie sabe realmente qué es lo que va a suceder en el futuro, ni cómo se gestionará la rivalidad sinoestadounidense.

## **ANTECEDENTES**

En el ámbito de las relaciones internacionales estamos viviendo numerosos cambios que en un futuro no muy lejano, probablemente, darán lugar a un nuevo orden mundial. El

poder ya no se concentra en un solo polo, pues muchas nuevas potencias están emergiendo para ocupar una posición clave en el panorama internacional que no puede ser ignorada por las ya tradicionalmente consideradas y consolidadas potencias mundiales.

En el caso que nos ocupa, se tratará el ascenso de China como principal potencia rival de Estados Unidos, y la degradación o erosión de poder que ha sufrido la potencia americana en los últimos años. En este sentido, como señala Richard Haass, “la característica principal de las relaciones internacionales del siglo XXI está siendo la no polaridad: un mundo dominado no por uno o dos o incluso varios Estados, sino por docenas de actores que tienen y ejercen diversos tipos de poder. Esto representa un cambio mayúsculo frente al pasado” (Haass, 2008: 44). Aun así, se sigue considerando a Estados Unidos como la principal potencia mundial, la que mayor predominio estratégico posee actualmente, sin que aparentemente exista ningún país que pueda hacerle frente para desbancarlo de esta posición. Pero ¿está Estados Unidos abocado al declive? ¿Es inevitable el ascenso de China como potencia mundial en el futuro?

Para entender la situación actual es preciso contextualizar brevemente tanto el ascenso de China como el supuesto declive (al menos relativo) de Estados Unidos. La erosión del poder estadounidense es comparada por numerosos autores con la caída de otras grandes potencias a lo largo de la historia. Actualmente, la política económica que ha seguido Trump, que se ha basado en el proteccionismo y la inversión militar, ha supuesto una cierta ralentización o erosión en su crecimiento económico<sup>1</sup>, sin olvidar el impacto que está cobrando la pandemia del COVID-19 en la economía estadounidense, con una tasa de desempleo del 13,3 por ciento en mayo de 2020<sup>2</sup>. Aunque su impacto será coyuntural, no cabe descartar las secuelas que podrá dejar en un futuro próximo. Asimismo, a largo plazo, el gran poder que posee Estados Unidos puede ser contraproducente si no sabe jugar bien sus cartas (Nye, 2003: 25). Esta situación recuerda a la observación advertida por Paul Kennedy acerca del coste que tiene la sobreexpansión del hegemón. “En consecuencia, corren ahora el riesgo, tan conocido por los historiadores del auge y la caída de las anteriores grandes potencias, de lo que podríamos llamar toscamente «excesiva extensión imperial»: es decir, los que toman las decisiones en Washington deben enfrentarse con el desagradable y perdurable hecho de que la suma total de los

---

<sup>1</sup> Fuente: <https://www.infobae.com/america/eeuu/2019/07/26/el-crecimiento-de-la-economia-de-eeuu-se-ralentiza-en-el-segundo-trimestre-del-ano/>

<sup>2</sup> Fuente: <https://datosmacro.expansion.com/paro/usa>

intereses y obligaciones mundiales de los Estados Unidos es hoy mucho mayor que la capacidad del país para defenderlos todos simultáneamente” (Kennedy, 1987: 801).

Se distinguen dos tipos principales de declives: el relativo y el absoluto. Por un lado, el declive relativo alude a un descenso lento al mismo tiempo que se registra el ascenso de otras potencias, de tal forma que limiten la capacidad estratégica que posea la gran potencia hasta entonces predominante. Y por otro lado, el declive absoluto supone un descenso por la pendiente del poder sin la necesaria presión de otras potencias secundarias y que vaticina su pérdida de poder, riqueza e influencia, al menos como se conoció en épocas mejores. Según autores como Immanuel Wallerstein (2005) el declive de Estados Unidos es absoluto, es decir, la caída de la potencia es irrevocable; mientras que otros autores como Fareed Zakaria (2008), defiende que el declive estadounidense es relativo, es decir, otras potencias están ascendiendo y ganando poder al mismo tiempo que recortan ventaja estratégica con Estados Unidos (Zakaria, 2008: 32-36). En palabras este autor, “Washington parece en gran medida inconsciente del nuevo mundo que está surgiendo a su alrededor, y muestra pocas señales de ser capaz de reorientar la política estadounidense para esta nueva era” (Zakaria, 2008: 19).

Con respecto al ascenso de China, su economía pasó de ser eminentemente agrícola a cometer una revolución de varios tipos: industrial, agrícola o económica, entre otras. Con el gobierno de Deng Xiaoping (1970-1980), China se convirtió en el máximo exportador del mundo, siguiendo en buena medida, pero en contextos mundiales diferentes, las pautas que en su momento introdujo el denominado modelo de desarrollo asiático, la gran inversión en I+D, y la mano de obra barata y abundante (Brunel, 2000). Actualmente, la calidad de sus productos ha mejorado, llegando a rivalizar con los japoneses o los americanos. Su clase media se encuentra en ascenso, pues la mano de obra no es tan barata como lo fue en los inicios de su revolución. Hoy, es una economía muy potente a nivel internacional, y se encuentra en pleno crecimiento, pese a la ralentización coyuntural debido a la pandemia global.

Aun así, no es suficiente para hacerle frente a Estados Unidos. Con el tiempo, China puede llegar a poseer un PIB comparable al estadounidense. Según el CIA World Factbook (2020) el PIB de Estados Unidos en 2017, creció un 2,20 por ciento, mientras que en el mismo año el de China alcanzó un 6,9 por ciento. En el caso del gigante asiático, gran parte de esa riqueza se absorberá proporcionalmente a la enorme población del país (que aún, gran parte de ella, sigue siendo pobre), y no estaría disponible para financiar el

desarrollo militar o externo de las empresas. De aquí la enorme importancia que concede China a mantener la estabilidad política. Desde el punto de vista de Beijing, habiendo tomado nota de lo que sucedió con la Unión Soviética (que se desintegró desde dentro cuando intentaba acometer un importante paquete de reformas políticas y económicas), un régimen autoritario aportaría, aparentemente, mayor estabilidad a su sistema político. Sin embargo, mirándolo desde una perspectiva más crítica, el autoritarismo puede tener los días contados, y que a largo plazo, genere inestabilidad. No obstante, cabe recordar que los cambios en la Unión Soviética se experimentaron desde una situación económica desastrosa, no desde las expectativas crecientes que suscita la actual bonanza económica china.

Apuntado esto, es pertinente observar cómo estas predicciones se pueden constatar o no. Por este motivo son importantes las relaciones diplomáticas entre las distintas potencias, pues en el caso de que el régimen político de China se tambalease, la economía mundial se vería afectada. La no polaridad complica la política mundial. Un mundo no polar no sólo incluye a más actores; también carece de las estructuras fijas y de las relaciones más predecibles que tienden a definir los mundos de la unipolaridad, bipolaridad o multipolaridad. Las alianzas, en particular, perderán gran parte de su importancia, aunque sólo sea porque las alianzas requieren amenazas, obligaciones y perspectivas predecibles, que probablemente escaseen en un mundo no polar. De aquí que sean alianzas más flexibles o *ad hoc*, según los temas en juego (Haass, 2008: 51).

## **MARCO TEÓRICO**

La base teórica de la que parte este trabajo es la tesis de Paul Kennedy expuesta en la obra *Auge y declive de las grandes potencias*, considerada como una referencia clásica en los estudios sobre el poder en las Relaciones Internacionales. Las grandes potencias, para llegar a serlo, suelen pasar por procesos de conflictos y guerras, siendo clave la utilización de recursos de forma más o menos adecuada y los progresos tecnológicos que les permitan aventajarse con respecto al resto de potencias. Además, en su obra “se concentra en la interacción entre economía y estrategia a medida que los Estados punteros del sistema internacional luchaban por aumentar su riqueza y su poder, por llegar a ser (o por seguir siendo) ricos y fuertes” (Kennedy, 1987: 9).

En su tesis, Kennedy expone que en el proceso de auge y declive pasa inexorablemente una prueba de fuego (que, generalmente en la historia, ha sido mediante un conflicto armado de dimensiones considerables como las dos guerras mundiales de la que resultará un nuevo equilibrio de poder). “Las fuerzas relativas de las naciones líderes en el escenario mundial nunca permanecen constantes, sobre todo a causa del índice irregular de crecimiento en las distintas sociedades y de los avances tecnológicos y organizativos que proporcionan mayores ventajas a una sociedad que a otra” (Kennedy, 1987: 10). Siguiendo con la tesis de este autor, la emergencia de nuevas potencias supone un desafío para las que ya lo son, pues el ascenso de unas significaría el descenso de otra, creando inestabilidad en el plano internacional. Esta situación tiende a desembocar una guerra, que tiene como resultado un nuevo equilibrio de poder. Esa potencia seguirá pujando por su ascenso, mientras las otras se resisten (Kennedy, 1987). En síntesis, la potencia ascendente seguirá pujando por su ascenso mientras que las otras se opondrán al mismo.

Dicho esto, es importante tener en cuenta el concepto de *poder*, pues es la motivación principal de toda potencia hegemónica. Se entiende como poder “la capacidad de obtener resultados que uno quiere, y en caso necesario, de cambiar el comportamiento de otros para que esto suceda” (Nye, 2003: 25). Esta capacidad requiere la posesión de los recursos necesarios para ello, como pueden ser la población, territorio, recursos naturales, capacidad económica, poderío militar y estabilidad política. Para que una potencia sea hegemónica deben poseer estos recursos y, además, que sean más significativos que los del resto de las grandes potencias. Tradicionalmente, la fuerza militar era conceptualizada como la más importante para el reconocimiento de una gran potencia. Sin embargo, con el paso de los siglos, la evolución de la tecnología ha significado un cambio en las fuentes de poder. El poder militar, siendo importante, no es suficiente. Además, ambos países poseen armas nucleares, que tienen tanto poder de destrucción que se disuade su utilización. Actualmente, el uso de la fuerza directa para enfrentarse un país con otro pondría en peligro sus objetivos económicos. Nye (2003) destaca el carácter tridimensional del poder, que ha ido cambiando conforme la sociedad ha evolucionado a lo largo de los años. Sin quitarle importancia a la fuerza militar, ya todo el poder no recae en este músculo, sino también en lo económico y en lo transnacional, aspectos que actualmente definen determinantemente a una gran potencia, de manera que en su consideración sobre la estructura del poder mundial, esboza tres dimensiones: la militar, la económica, y la transnacional. Aplicada a la realidad del mundo actual, obtiene como



resultado que dicha estructura es unipolar si se define por la dimensión militar, y es multipolar si se define por la vertiente económica y transnacional (Nye, 2003: 26-27).

Esta distinción matiza también el propio concepto de poder al distinguir una cara coactiva y otra persuasiva, que invita a la imitación. Por un lado, se define el poder blando como aquel que se ejerce de forma indirecta, suscitando que los actores tomen decisiones que tú quieres que tomen sin ser coaccionados. Procede de los valores culturales. Mientras tanto, el poder duro es todo lo contrario. Es aquel que se ejerce mediante la fuerza. Ambos coinciden en tener como objetivo alcanzar sus propósitos influyendo en el comportamiento de otros. A partir de ellos surge un tercer poder, que es el punzante, consistente en el uso engañoso de información para lograr los objetivos que se proponen (Nye, 2003: 30-31).

Para analizar el poder en el sistema internacional desde la perspectiva de la polaridad, hay dos grandes teorías con las que se puede hacer una interpretación del panorama mundial. La primera es la teoría del equilibrio de poder, que plantea que el sistema internacional está compuesto por más de un Estado significativo, que se distribuyen los recursos de forma relativamente uniforme. De esta forma se crea un equilibrio de poder entre ellos. Una de las características principales de esta teoría es que las potencias no buscan la expansión, sino limitarla para no invadir el espacio de otra de las potencias. En caso de que alguna potencia se extralimitara, daría lugar a un escenario de conflictividad por temor a que una determinada potencia adquiriera un poder ventajoso, rompiéndose tal equilibrio, y dando como resultado un nuevo orden mundial o apareciendo tensiones entre ellas que acabarían afectando a dicho equilibrio (Sodupe, 2002: 37-42).

Una segunda aproximación, es la teoría de la hegemonía, que defendería lo opuesto. Sólo un Estado es el que domina el sistema internacional, al acumular gran parte de los recursos permitiría esta dominación. Los teóricos realistas suelen analizar esto aludiendo a la obra de Tucídides, *La guerra del Peloponeso*. A partir de ella, se ha acuñado el término “la trampa de Tucídides”, esto es el momento en el que una potencia hegemónica se siente amenazada por otra que está en auge, y la ataca para frenar este crecimiento. Esta teoría, a su vez, defiende que al existir una sola potencia hegemónica es más probable llegar a un estado de estabilidad, además de beneficiar también a los países aliados que legitiman dicho poder. Sin embargo, cuando esta potencia alcanza un punto de equilibrio entre beneficios y costes de expansión, cuesta mucho mantenerlo. Es entonces cuando se plantea el declive de la misma (Sodupe, 2002: 42-45).

La teoría hegemónica del poder se basa en el realismo, que es la escuela de pensamiento internacional que enfatiza el lado competitivo y conflictivo de las relaciones internacionales, asumiendo que el Estado es el principal actor, que realiza sus acciones de forma unitaria. La estructura del sistema internacional es un factor influyente en el comportamiento del Estado en la medida que constriñe o no, como toda estructura, su capacidad de acción. Los intereses de la nación serán el objetivo prioritario de quienes toman las decisiones, siempre desde el punto de vista realista. En otras palabras, desde esta visión estatocéntrica, el objetivo prioritario debe ser la supervivencia del Estado. Además, los Estados viven en un contexto de anarquía (no hay un leviatán, o gobierno, o Estado mundial que regule los conflictos). Es decir, en un caso de emergencia nacional, es el Estado quien se hace cargo de solucionar el problema. Pero internacionalmente, no hay claras expectativas de que alguien haga algo (Camisao & Antunes, 2014: 15-21).

Dentro de la escuela o corriente realista, autores como Waltz (1979) o Mearsheimer (2014) son identificados con las variantes realistas que reciben la denominación de *neorrealismo estructural*, y *realismo ofensivo* respectivamente, vertientes que ayudan a explicar la situación actual entre China y Estados Unidos. El realismo ofensivo expone que la estructura del sistema internacional genera incentivos a los Estados, dándoles oportunidades para maximizar su poder con respecto a los Estados rivales, y así conseguir aventajarse en cuanto a costo-beneficio. En otras palabras, para el realismo ofensivo, en la estructura del sistema internacional no se imponen límites a la hora de maximizar el poder, y los Estados tratan de garantizar su seguridad, manteniendo una actitud agresiva y no dejando que otros se conviertan en un rival (Mearsheimer, 2014).

Sin embargo, el realismo ha sido criticado por perpetuar el mundo violento y de confrontación que describen. Al asumir la naturaleza no cooperativa y egoísta de la humanidad y la ausencia de jerarquía en el sistema estatal, los realistas alientan a los líderes a actuar basándose en la sospecha, el poder y la fuerza. El realismo puede ser visto como una profecía que se autocumple. Más directamente, el realismo es a menudo criticado como excesivamente pesimista, ya que considera inevitable la naturaleza conflictiva del sistema internacional (Camisao & Antunes, 2014: 15-21). Sanahuja (2020), por su parte, critica el realismo exponiendo que es el reflejo de una visión tradicional de las Relaciones Internacionales, siendo eminentemente estatocéntrico, y “basado en una concepción material del poder y, especialmente, en las capacidades militares. Se trata de una visión muy simplista: desestima los actores no estatales y a los

vínculos transnacionales, y descuida las dimensiones no materiales del poder, así como la economía política internacional, altamente transnacionalizada y privatizada, que sustenta la globalización” (Sanahuja, 2020: 80).

Es importante mencionar que, a partir del realismo, surge el neorealismo o realismo estructural, liderado por Kenneth Waltz, que rompe con los principios básicos del realismo clásico en su obra *El hombre, el Estado y la guerra*, (1959). En esta obra, establece que el conflicto depende de tres variables: uno, la naturaleza y el comportamiento humano; dos, la organización interna de los Estados; y tres, la anarquía internacional, si bien es la anarquía la que verdaderamente define el universo en el que se desarrollan las relaciones internacionales (Waltz, 1959). De aquí la importancia que otorga a la misma y la denominación que recibe de esta aproximación (neo)realista como estructural.

Por el contrario, autores como Sanahuja (2020) critican el concepto de polaridad, poniendo como ejemplo la definición dada por Waltz (1979). El autor señala que, por su propia definición, la polaridad hace referencia a cambios estructurales “basados en el poder material, necesariamente a largo plazo”. Se cuestiona, por tanto, cómo es posible que en 20 años el sistema internacional haya transitado por las tres variantes posibles. En palabras de Sanahuja, “más que un concepto serio, *polaridad* es una metáfora cuyo uso conduce a generar narrativas simplistas y distorsionadas de la realidad internacional. Sin hacerlo explícito, se asume el marco neorealista como la teoría que fundamenta el análisis internacional ‘aceptable’ y correcto” (Sanahuja, 2020: 79).

No obstante, expuesto lo anterior, y asumiendo las críticas de Sanahuja, pero también los cambios operados en la estructura del poder en el sistema internacional tras el fin de la Guerra Fría, en este trabajo se ha adoptado la consideración de que el realismo tiene una mayor capacidad explicativa en cuanto a las relaciones de poder, que es el tema principal de análisis de caso. De aquí la pertinencia de tener como referencia o marco teórico las obras de autores pertenecientes a esta escuela de pensamiento internacional para estudiar un tema, tan centrado en la rivalidad del poder, como en el de la pugna por la hegemonía regional entre Estados Unidos y China. En este contexto competitivo y conflictivo, el realismo parece poseer una significativa fuerza explicativa, pese a sus limitaciones y, en suma, a que no agota toda la complejidad del mundo ni de las relaciones entre Estados Unidos y China.

## **OBJETIVOS E HIPÓTESIS**

**Objetivo principal:** Analizar la pugna por la hegemonía regional entre Estados Unidos y China en una era de gran rivalidad entre las grandes potencias.

**Objetivo secundario:** Plantear diferentes escenarios con respecto al conflicto entre ambas potencias.

**Hipótesis principal:** ¿China y Estados Unidos están abocados al conflicto?

**Hipótesis secundaria:** Este conflicto puede ser de distinta índole: pacífico, bélico, económico, tecnológico...

## **ANÁLISIS**

La rivalidad entre China y Estados Unidos, actualmente, es uno de los problemas mundiales más claramente identificados entre los estudios en materia de Relaciones Internacionales. En este sentido, se está especulando sobre cómo se desarrollarán dichas tensiones entre ambas potencias. Este crecimiento no resulta indiferente a Estados Unidos, que de una forma u otra, tendrá un papel clave por ser parte esencial en esta controversia. Ambas potencias pueden llegar a registrar tensiones o enfrentamientos (no necesariamente militares) que cambien el orden mundial que conocemos hasta ahora. (Klare, 2003: 437). Las teorías o debates al respecto se basan en posibles escenarios: de conflicto armado, de competición, de cooperación, o de ascenso pacífico.

Las tensiones que había entre ambas potencias se recrudecieron en 2018 en forma de guerra comercial cuando el presidente de los Estados Unidos, Donald Trump, amenazó con poner aranceles de 50.000 millones de euros a los productos chinos. El gigante asiático respondió a la amenaza de Trump subiendo los aranceles a numerosos productos estadounidenses.

Posteriormente, en 2019, la administración de Estados Unidos ordenó a Google dejar de proporcionar actualizaciones de su sistema operativo Android a los móviles que fueran de la marca Huawei (producto chino). Además, los nuevos móviles que lanzara esta marca no podrían utilizar Gmail, PlayStore y demás aplicaciones de Android. Esto hizo que la marca comercial Huawei cayera por el miedo de sus clientes a no poder utilizarlos. Ante esto, China respondió anunciando que crearía su propio sistema operativo. De esta forma,

se inició también la guerra tecnológica entre ambas potencias, compitiendo, a su vez, por el 5G. Esta carrera por el 5G, al estilo de la Guerra Fría, es encabezada por China, que ya está vendiendo chips para adaptar los teléfonos a esta nueva tecnología, y fabricando sus móviles con el 5G incluido.

Utilizando ambos conflictos como ejemplo, se observa que los ataques estadounidenses hacia China pueden ser una estrategia para frenar su economía, que crece cada vez más. Dicho esto, nos queda un escenario internacional de incertidumbre acerca de lo que ocurrirá entre ambas potencias. ¿Están abocados al conflicto? Y de ser así, ¿qué clase de conflicto sería? Muchos autores han desarrollado sus opiniones acerca del futuro sinoestadounidense, pero puede que aún sea precipitado decantarse por alguna.

Por un lado, ambas potencias podrían aprender a convivir de forma pacífica, respetando sus soberanías internas y externas. Sin embargo, siguiendo las acciones ofensivas que ha ejecutado la Doctrina Trump, y la forma de defenderse y contraatacar que ha seguido China, la posibilidad de un equilibrio de poder conllevaría un esfuerzo diplomático que actualmente es difícil de imaginar.

Por otro lado, se podría plantear una confrontación armada, partiendo de la teoría de la hegemonía. A lo largo de la historia occidental se ha visto que esta clase de rivalidades han terminado en un conflicto armado, como mostró la emergencia de Alemania en la primera y segunda guerra mundial, entre otras. Sin embargo, para el conflicto actual, existen críticas hacia quienes defienden que se desencadenará una guerra armada. El autor Steve Chan (2018) advierte que la trampa de Tucídides se acerca más a una hipóbole que a los datos empíricos, presentando un alarmismo excesivo que lleva a una interpretación nacionalista y etnocéntrica sobre esta realidad. En otras palabras, la historia de Occidente y el ascenso de sus potencias no se puede aplicar de la misma forma al resto del mundo. Chan critica a los defensores de la teoría de la transición de poder su tendencia a sostener que, si estallara una guerra, sería por los impulsos revisionistas de la potencia recién llegada, que busca desplazar a una potencia dominante e introducir un orden mundial alternativo. Es decir, son propensos a responsabilizar del estallido de la guerra a la potencia emergente (salvo cuando analizan el caso de la superación estadounidense de Gran Bretaña a finales del siglo XIX) (Chan, 2018: 21).

Esta idea la desarrolla en profundidad John Mearsheimer (2014) cuando cuestiona la posibilidad de un ascenso pacífico de China. En su tesis, centra la atención “en un mundo

futuro en el que el equilibrio de poder ha cambiado bruscamente contra Estados Unidos, donde China controla mucho más poder relativo de lo que lo hace hoy, y donde China está aproximadamente en la misma liga económica y militar que los Estados Unidos. En esencia, estamos hablando de un mundo en el que China está mucho menos limitada de lo que está hoy” (Mearsheimer, 2014: 3).

Para que China llegue a este punto, Mearsheimer defiende la posibilidad de que actúe de acuerdo con las pautas de comportamiento asociadas al realismo ofensivo. En suma, que actúe de la misma manera que Estados Unidos con objeto de dominar el hemisferio occidental, y asegurar su supervivencia como potencia. Dicho esto, se cuestiona por qué deberíamos esperar que China actuase de manera diferente que Estados Unidos, si lo que busca es convertirse en un hegemon regional en Asia y acabar así con todas las disputas regionales que tiene con diferentes países, en especial con Taiwán (Mearsheimer, 2014).

Sin embargo, la fuerza militar de China sigue estando muy por debajo de la estadounidense. Por tanto, la estrategia que aparentemente está siguiendo es la de crecer económicamente lo máximo posible mientras mantiene la estabilidad y la paz en su entorno, evitando conflictos o confrontaciones militares y al mismo tiempo, tratando de ejercer su poder blando. “Los líderes chinos, de acuerdo con esta lógica, deberían enfatizar que es bueno que China se haga más rica y que la interdependencia económica esté en aumento, porque esos desarrollos servirán como una fuerza poderosa para la paz” (Mearsheimer, 2014: 19). De esta forma, llegará un punto en el que sean tan poderosos económicamente que a sus países vecinos no les quede otro remedio que formar alianzas con China. O al menos esta sería la política exterior que quiso implementar Deng Xiaoping. Sin embargo, dada la tensa relación con los países vecinos (como Vietnam, Japón, o India) este ascenso pacífico no se realizará sin tener en cuenta la posibilidad de que otras potencias vecinas formen una coalición para impedirlo (como se hizo en su momento con la OTAN frente al bloque soviético). En este punto, las potencias vecinas se verán abocadas a posicionarse y elegir de qué bando quieren formar parte.

A menudo se pone el ejemplo de la Guerra Fría, un conflicto entre Estados Unidos y la Unión Soviética que consiguió terminar sin llegar a un enfrentamiento armado. Sin embargo, la bipolaridad de la Guerra Fría fue clave para un desencadenamiento más pacífico que la multipolaridad desequilibrada que se aproxima si China sigue creciendo económicamente tan rápido (Mearsheimer, 2014).

Por su parte, Graham Allison (2017) analiza el caso de China y Estados Unidos mediante la trampa de Tucídides, utilizando ejemplos históricos en los que una potencia emergente amenaza a una potencia mayor, y si dicho conflicto terminará en guerra o no. En el siguiente cuadro<sup>3</sup> podemos ver un pequeño recorrido histórico al respecto:

	Period		Ruling Power	Rising Power		Result
1	First half of 16th century		France	Hapsburgs		War
2	16th–17th centuries		Hapsburgs	Ottoman Empire		War
3	17th century		Hapsburgs	Sweden		War
4	17th century		Dutch Republic	England		War
5	Late 17th–early 18th centuries		France	Great Britain		War
6	Late 18th–early 19th centuries		United Kingdom	France		War
7	Mid-19th century		United Kingdom, France	Russia		War
8	19th century		France	Germany		War
9	Late 19th–early 20th centuries		Russia, China	Japan		War
10	Early 20th century		United Kingdom	United States		No war
11	Early 20th century		Russia, U.K., France	Germany		War
12	Mid-20th century		Soviet Union, U.K., France	Germany		War
13	Mid-20th century		United States	Japan		War
14	1970s–1980s		Soviet Union	Japan		No war
15	1940s–1980s		United States	Soviet Union		No war
16	1990s–present		United Kingdom, France	Germany		No war

Partiendo de la obra de Allison (2017), la mayoría de estos conflictos han acabado en guerra, por lo que no debemos descartar la posibilidad de que China y Estados Unidos terminen de la misma forma, o bien aprendan de los errores del pasado y sepan llegar a un acuerdo para evitarla. De hecho, el líder chino Xi Jinping ha expuesto en otras ocasiones que está al tanto de la trampa de Tucídides, y que no está en sus planes entrar en un conflicto armado.

Asimismo, hay otra serie de autores que plantean la posibilidad de que se desarrolle un conflicto pacífico dentro de las reglas del juego de una competición o rivalidad entre grandes potencias mundiales. Uno de los argumentos principales de este grupo se basa en

<sup>3</sup> Fuente: <https://www.theatlantic.com/international/archive/2015/09/united-states-china-war-thucydides-trap/406756/>

la teoría de la interdependencia económica. Paradójicamente, ambas potencias tienen una relación de interdependencia comercial, al ser China el mayor país exportador del mundo y Estados Unidos el mayor importador. Por tanto, son el uno para el otro el mayor socio comercial, motivo suficiente como para querer evitar una guerra (Shambaugh, 2018: 8). Desde el punto de vista contrario, se observa que esa interdependencia no explicaría un escenario de competición, puesto que puede ocurrir que la guerra no implique gasto económico, o que los beneficios que supondría la victoria de la guerra compensarían las pérdidas (Mearsheimer, 2014).

De momento, lo único previsible que se puede hacer es analizar las acciones que toman ambas potencias. Por un lado, el intento de Estados Unidos en frenar la economía china, que crece de forma vertiginosa. Pero por otro lado, la estrategia china no queda del todo clara. Se ha dicho anteriormente lo que se espera desde Occidente por parte de China, pero ¿qué dice China al respecto? Por ahora, la estrategia que ha seguido es de carácter pacífico, mediante crecimiento económico, integración en organismos mundiales e intentando mejorar las relaciones con los países vecinos. De hecho, en 2003, durante la presidencia de Hu Jintao, Beijing utilizó por primera vez el concepto de “ascenso pacífico de China”, que destacaba el deseo de Beijing de desarrollarse en un entorno internacional pacífico (Stanzel, 2017).

Esta dirección estratégica provocó desacuerdos entre los académicos chinos. Cai Tuo subraya la idea de basar una verdadera gran estrategia en el ascenso pacífico de China, pero también acentúa la necesidad de evaluar y debatir a fondo los objetivos, métodos y consecuencias de una China en ascenso. Men Honghua aboga por una gran estrategia basada en una evaluación de los intereses y fortalezas nacionales del país. Además, hace hincapié en que una gran estrategia debe hacer uso del entorno internacional, así como de sus recursos estratégicos nacionales, que son de naturaleza política, económica, militar e ideológica, y todo lo cual debe emplearse para perseguir el interés principal de China: proteger sus intereses, seguridad y valores nacionales. Otros académicos chinos son partidarios de priorizar y definir primero cuáles son los intereses de China de manera más concreta, así como de ralentizar su ritmo. De lo contrario, puede que sea difícil tomar ventaja de la desorganización y declive emergente en el mundo occidental como oportunidad de ascenso (Stanzel, 2017).

A finales de 2019, en este punto de incertidumbre acerca de cómo actuarán las potencias, surgió la pandemia causada por el COVID-19, un virus que causa una enfermedad



infecciosa que es de fácil transmisión, al tener síntomas parecidos a la gripe común (como fiebre o tos seca) y transmitirse a través de gotas de saliva que expulsa la persona contagiada. En los casos más graves, el virus puede infectar los pulmones hasta provocar la muerte.

El brote epidémico comenzó en Wuhan, China, y pronto se extendió a todo el mundo dada la interconexión y globalización que caracteriza la sociedad actual. La xenofobia y prejuicios hacia China por parte de muchos sectores occidentales ha aumentado, y su imagen mundial se ha visto deteriorada. Además, a consecuencia del aislamiento para evitar la propagación de contagios, la economía mundial ha sufrido un parón vertiginoso, que, se vaticina, vendrá acompañado de una gran crisis económica mundial.

Esta pandemia global sin precedentes ha influido en la capacidad de actuación de los países. En el caso chino, según la información procedente de su gobierno, y a pesar de que el virus se originó ahí, se reconoce que es uno de los países que mejor ha sabido controlarlo, unido a otros países asiáticos como Taiwán o Corea del Sur que han podido contener el virus.

El control eficaz del virus y lograr antes una vacuna, ¿puede ser otro motivo para pensar que una potencia está por encima de la otra? En el caso chino, los ejemplos más comunes de una gestión eficaz de la crisis son: la rápida construcción de hospitales destinados a personas con el virus, la utilización del Big Data para controlar a los infectados y a la población en general, hacer los test según el núcleo poblacional en el que se encuentra la persona, y la capacidad de control y obediencia de la población con respecto a las normas exigidas por el gobierno, entre otras cosas. Asimismo, por otro lado, se les acusa de haber ocultado información sobre el virus, de haberlo gestionado de forma tardía, y de dar información falsa sobre el número de contagios.

Ambos países están utilizando el poder punzante, dando información falsa (*fake news*) o de desprestigio hacia la otra potencia. En Washington, Donald Trump habla de “virus chino” (haciendo alusiones xenófobas) en sus comparencias ante la prensa, acusando a China de una gestión tardía del virus, dejando que traspasase fronteras. En Beijín, diplomáticos y medios oficiales acusan a los soldados estadounidenses que participaron en los Juegos Militares de octubre en Wuhan de haber introducido el virus en el país (Liy & Mars, 2020).

Esta campaña de desprestigio entre ambas potencias condiciona la imagen que pueda tener el resto del mundo hacia ellas. Posiblemente, para lavar su imagen, China (siendo consciente de la campaña de odio hacia los chinos por parte de Trump), ha suministrado tanto a España como a Italia material sanitario cuando desde la Unión Europea no lo hicieron, creando así posibles oportunidades de cooperación en Europa que pueden ser de utilidad en el futuro (Barragán, 2020).

Si antes de que apareciera el virus la pugna entre ambas potencias por la hegemonía causaba incertidumbre, ahora ésta se incrementa aún más. Todas las teorías y especulaciones que se habían hecho anteriormente deben tener en cuenta ahora los estragos que podría causar, o no, el virus en el mundo.

A las reflexiones sobre la tensión entre Estados Unidos y China hay que añadirle este nuevo factor, que es el que desencadena por el mencionado virus COVID-19 a finales de 2019. En este momento, las especulaciones van desde escenarios optimistas donde todo se resolverá con la inmunización o la vacuna y se volverá a la normalidad, hasta escenarios más pesimistas que predicen un futuro al borde del colapso. Esto añade más complejidad con respecto a las reflexiones sobre Estados Unidos y China, al ser un factor que antes no se había tenido en cuenta y arroja mayor complejidad a este debate.

## **CONCLUSIONES**

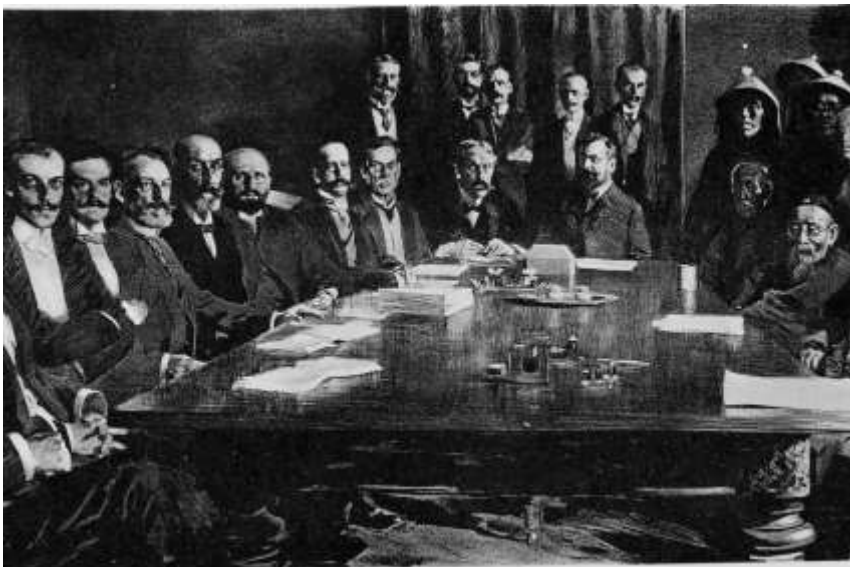
El actual sistema internacional se enfrenta a un momento histórico sin precedentes en la pugna por la hegemonía regional entre Estados Unidos y China. Las hipótesis principales que recogen los estudios internacionales apuntan en dos claras direcciones: bien a un conflicto armado limitado y regional o bien a una competición continuada con algunos paréntesis de cooperación. Si este segundo fuera el escenario que finalmente se impusiera, entonces China podría consolidar su ascenso pacífico.

Asimismo, se debe tener en cuenta también la posibilidad de que suceda algo impredecible, puesto que no tenemos antecedentes históricos de conflictos entre China y Estados Unidos. Un precedente que se podría tener en cuenta son las Guerras del Opio, protagonizadas entre China y Gran Bretaña en el siglo XIX. Estas guerras se iniciaron por las tensiones en las rutas comerciales. La derrota de China supuso una gran humillación, al tener que aceptar tratados comerciales que no les beneficiaban y admitir que el opio

llenara sus calles, además de perder Hong Kong. El resentimiento que dejaron las Guerras del Opio es un precedente importante, que retroalimenta el nacionalismo e identidad china frente a las potencias foráneas.

Pero la China de entonces no es la misma que la de ahora, como se pone de relieve en las dos fotos recogidas en un artículo de la prestigiosa revista *Foreign Affairs* (véase foto 1 y foto 2)<sup>4</sup>. Actualmente es considerada una de las grandes potencias mundiales, y su gran crecimiento y desarrollo es incuestionable. Tomar en cuenta el precedente de las Guerras del Opio permite visualizar el impresionante ascenso experimentado por China desde entonces, de la misma manera que como apuntan Mearsheimer o Zakaria. Estados Unidos experimentó un impresionante ascenso mundial desde finales del siglo XIX. En medio de la guerra comercial y tecnológica entre Washington y Beijing, irrumpió la pandemia global e introdujo mayor incertidumbre y complejidad a esta situación. Ante un panorama de tamaño incertidumbre, las especulaciones se han disparado, también las teorías de la conspiración. En cualquier caso, todavía es prematuro saber a ciencia cierta si el COVID-19 implicará algún cambio en el panorama internacional y, en particular, si afectará o no a la relación entre las grandes potencias o, si por el contrario, todo volverá a ser igual a la situación previa a su irrupción.

Foto 1<sup>5</sup>:



<sup>4</sup> Fuente: <https://www.foreignaffairs.com/articles/china/2018-05-31/tale-two-photos>

<sup>5</sup> Foto 1: Firma del Protocolo Bóxer, septiembre 1901.

Foto 2<sup>6</sup>:



Otra idea innovadora es la que propone Stuenkel (2016) con respecto a su obra *Post-Western World*, en la que sostiene que las predicciones realizadas sobre el futuro orden mundial son limitadas, pues se imaginan únicamente el mundo desde el punto de vista occidental. El surgimiento de Asia, el ascenso de China como gran potencia, y el desarrollo de otras potencias asiáticas, pueden constituir la construcción silenciosa de un “orden paralelo”, y no se debe reducir necesariamente a una confrontación o adhesión con el orden occidental existente (Stuenkel, 2016).

Del mismo modo, debe tenerse en consideración que vivimos en un mundo más interconectado que nunca, donde la economía y la tecnología juegan papeles cruciales. Estos factores son importantes a la hora de considerar las guerras, pues pueden producirse de una manera diferente a la consideración clásica, sin disparar un solo cartucho, y ser llevada a otros terrenos. De hecho, cabe preguntarse si actualmente, ¿es necesario una guerra para que dos países entren en conflicto? Como ya se ha mencionado, China y Estados Unidos venían protagonizando una guerra comercial y tecnológica, que no buscaba la destrucción de su contrincante, sino frenar el ascenso de la potencia emergente, en un caso, o bien recortar la ventaja estratégica con la potencia predominante, en otro.

---

<sup>6</sup> Foto 2: Reunión comercial entre China y Estados Unidos, 2018.

Salvando el contexto espacial y temporal, el precedente de la Guerra Fría entre Estados Unidos y la Unión Soviética bien podría avalar esta tesis.

## **BIBLIOGRAFÍA**

Allison, G. (2017) *Destined for war: Can America and China escape Thucydides trap?* New York: Reprint.

Barragán, C. (2020) “Bienvenido Mr. Xi: el plan Marshall chino contra el coronavirus desembarca en España”, *El Confidencial*. Último acceso 30/05/2020. [https://www.elconfidencial.com/mundo/europa/2020-03-16/chinos-coronavirus-covid-19-espana-mascarillas\\_2500143/](https://www.elconfidencial.com/mundo/europa/2020-03-16/chinos-coronavirus-covid-19-espana-mascarillas_2500143/).

Brunel, S. (2000) *El subdesarrollo*. España: Ediciones Mensajero S.A.

Camisao, S., & Antunes, S. (2014). *International Relations Theory*. Bristol, England: E-International Relations Publishing.

Haass, R. (2008). “The age of Nonpolarity”. *Foreign Affairs*, 87, 3, pp. 44-56.

Kennedy P. (1987) *Auge y Caída de las grandes potencias*. Barcelona: Debolsillo.

Klare, M. (2003) *Guerra por los recursos. El futuro escenario del conflicto global*, Barcelona, Ediciones Urano.

Liy, M. & Mars, A., (2020) “La pandemia abre un nuevo campo de batalla entre Estados Unidos y China”, *El País*. Último acceso 30/05/2020. <https://elpais.com/internacional/2020-03-21/la-pandemia-abre-un-nuevo-campo-de-batalla-entre-estados-unidos-y-china.html>.

Mearsheimer, J. (2014). *The tragedy of the great power politics*. New York: W.W Norton & Company.

Mearsheimer, J. (2014) “Can China rise peacefully?” Disponible en *The National Interest*. Último acceso, mayo 2020. <https://nationalinterest.org/commentary/can-china-rise-peacefully-10204>.

Nye, J. (2003). *La paradoja del poder norteamericano*. Madrid: Taurus.

Sanahuja, J. (2020) “¿Bipolaridad en ascenso?”, *Foreign Affairs Latinoamérica*, 20, 2, pp. 76-84.

Shambaugh, D., Chan, S., et al. (2018). “EE. UU y China: un matrimonio con tensiones donde el divorcio es inviable”, en *EE. UU y China: dos potencias en pugna. Vanguardia Dossier*, 70, pp. 6-15.

Shambaugh, D., Chan, S., et al. (2018). “La rivalidad sinoestadounidense: conceptos confusos e historia engaños”, en *EE. UU y China: dos potencias en pugna. Vanguardia Dossier*, 70, pp. 16-21.

Stuenkel, O. (2016) *Post-western world*, Cambridge: Polity Press.

Sodupe, K. (2002). *La estructura del poder del Sistema Internacional*. Madrid: Fundamentos.

Stanzel, A., et al. (2017) “Grand Designs: Does China have a ‘Grand Strategy’?”, *European Council of Foreign Relations*, pp. 1-3.

The World Factbook. (2020). Disponible en Country Comparison: GDP. Último acceso 24/05/2020, de CIA Sitio web: <https://www.cia.gov/library/publications/resources/the-world-factbook/fields/210rank.html>.

Wallerstein, I. (2005) *La decadencia del imperio*. Navarra: Txalaparta.

Waltz, K. (1959). *El hombre, el Estado y la guerra*. Buenos Aires: Editorial Nova.

Waltz, K. (1979). *Theory of international politics*. New York: McGraw Hill.

Zakaria, F. (2008) “The Future of American Power”. *Foreign Affairs*, 87, 3, pp. 33-36.

Zakaria, F. (2011) *The post american world*. New York: W.W. Norton & Company.